

¡APRENDA A CONDUCIR!



ENSEÑANZA RAPIDA CLASES ESPECIALES PARA SEÑORITAS POR PROFESORAS SEÑORITAS CARNETS DE CONDUCTOR DE TODAS CLASES

ACADEMIA "MARTE" UNARES RIVAS TEL. 4303 LA CORUNA

La Voz de Galicia

Domicilio: CONCEPCION ARENAL, 11 y 12 (Cuatro Caminos). TELEFONOS: 2768 2552 1577



SI LE DAN una tarjetita de una Optica determinada, pregúntele al que lo haga: ¿Cuánta «COMISION» le dan a usted?

SUBGRUPO SINDICAL DE OPTICA LA CORUNA OPTICA RECOMENDADA COMISION MANIFESTADA

Un trágico episodio de la lucha en el Congo



Estas dramáticas imágenes constituyen un impresionante documento sobre un episodio de la sangrienta lucha entre los partidarios y los enemigos de Lumumba. Son, sobre todo, un testimonio del valor del fotógrafo André Lefebvre, que fue quien las obtuvo con grave peligro para su vida. En compañía del periodista norteamericano Henry Taylor, Lefebvre penetró en el corazón de Kasai, con las tropas congoleesas que pretendían someter a dicho Estado, que se había proclamado independiente. El convoy en que iban fue atacado. Henry Taylor cayó a las primeras ráfagas de ametralladora. Lefebvre recibió dos heridas. A pesar del dolor que sentía, y sin atemorizarse ante la masacre que se estaba produciendo a su alrededor, Lefebvre se dedicó a obtener fotografías que ya se han hecho famosas, y entre las que figuran las que recogemos en nuestras páginas. En una de ellas se ve a tres soldados congoleños haciendo fuego contra los atacantes, mientras dos de éstos yacen en el suelo, ya cadáveres. En otra, se ve a Henry Taylor agonizando, mientras la batalla continúa. En otra, terminada ya la lucha, uno de los soldados de Lumumba remata a bayonetazos a un herido. Todos los heridos sufrieron la misma suerte. Cuando agonizaba, Taylor pidió a Lefebvre: «Fotografame así, mientras sonrío...».



¡Desolación!

CARIDAD

HACE unos días leía en un periódico de La Habana el relato, adornado con un justificado sentimiento de orgullo, de un suceso que conmovió a muchos. Un pobre desgraciado que en su carrito, instalado en una céntrica esquina, vendía frutas a los transeúntes, vio que el vehículo se le deslizaba cuesta abajo. Al tratar de impedirlo desesperadamente, recibió una seria lesión, y mientras el carro volcaba la mercancía sobre los adoquines, su modesto propietario era conducido al hospital. Un par de muchachitas, empleadas en un comercio próximo, recogieron la fruta y la vocaron incansablemente durante horas. Cuando la esposa del modesto trabajador, a quien hubo que amputarle un par de dedos, fué a ver lo que quedaba de la industria de su esposo, se encontró con veintitantos pesos, producto de la venta total de la mercancía, que le entregaban dos sonrientes jovencitas, muy satisfechas por haber cumplido con el deber cristiano de ayudar al prójimo en desgracia con el aire de quien toma parte en un juego.

El relato es, indiscutiblemente, bonito. Pues bien; en La Coruña acaba de ocurrir algo que quiero pregonar, porque como coruñés también me envenene.

En Oseiro (Arteijo), vivían en un solo hogar dos matrimonios. Uno, veterano. El otro, compuesto por el yerno de los primeros y su esposa. Y tres niños. Disfrutaban de una posición discreta, y todos sus ahorros los habían invertido en la compra del modesto inmueble.

Hace unos días, como consecuencia de un cortocircuito, la casa ardió, perdiéndose totalmente. Las pérdidas se valoran en unas ciento cincuenta mil pesetas, entre ellas catorce mil en billetes, pues otras ocho mil que tenían ahorradas los hijos quizás se recuperen. Estaban escondidas en un libro cuya destrucción fué sólo parcial. Pero nada de muebles, de ropas, de utensilios.

Eliseo Zas Varela, el suegro, está actualmente sin trabajo, desde que cerró la fábrica de cerillas. Su yerno trabaja como albañil. Y como «catastrófica ignorancia», la casa no estaba asegurada, su situación pasa a ser dolorosísima. (¿Por qué las compañías de seguros no intensifican su publicidad en el campo, haciendo ver con casos prácticos la importancia del seguro?)

La dolorosa noticia trascendió. E inmediatamente una cigarrera que allí estaba, organizó una suscripción. Sus compañeras respondieron con su acostumbrada y preciosa generosidad: 537 pesetas. Otra señora, cuyas actividades se desarrollan en el Muro, hizo lo mismo, reuniendo 1.031 pesetas. Este dinero ya está en posesión de los perjudicados. Otros vecinos entregaron ropas y algún mueble, e incluso se faltó la aportación de algún material para la reconstrucción de la casa.

¿No es también bonito este ejemplo de solidaridad? No hizo falta que nadie lo pidiese. Espontáneamente, gentes humildes, que viven de lo que ganan cada día, han acudido en auxilio de las víctimas del incendio. No importan siquiera las cifras ante la belleza del gesto. Los favorecidos por él me ruegan exprese públicamente su gratitud, y yo no me limito a hacerlo así, sino que quiero explicar todo el alcance del suceso para que una vez más se palpe la nobleza de nuestras gentes humildes, su espíritu de solidaridad ante la desgracia ajena, en fin, su inigualable proceder.

Por mi parte, les debo también la satisfacción de sentirme, en estos momentos, como coruñés, orgulloso de su comportamiento.

BOONLO

UNA ENCUESTA EN BELGICA

Fabiola ha sido acogida por los belgas con simpatía y agrado

Por MARIA VICTORIA ARMESTO

BONN.—(Especial para LA VOZ DE GALICIA). La primera noticia sobre la boda del rey Balduino con esa interesante muchacha española, nos la dio el dueño de una gasolinera a cien kilómetros de Burdeos, en dirección París.

Salió el francés del foso—nos estaba engrasando el coche—al oírme hablar español con Juan:

—Españoles, ¡eh!—gritó.
—Sí—le dije yo un poco tímida, pues el tono de su voz me pareció admirativo y no está una acostumbrada a ser tan popular.

—¿No saben de su casa Balduino?

—¿Ah, sí?... Por fin.

Debí advertir el de la gasolinera una cierta indiferencia en mi respuesta y añadí:

—Pero si la cosa les interesa a ustedes mucho, porque se casa con una española.

Puso delante de mis ojos un periódico popular de París y a grandes letras vi por primera vez en nombre «de resonancias bellas y misteriosas», según dice hoy un periódico de Bruselas, «Fabiola Mora de Aragón».

—¿Qué, la conoce?—apremiaba el francés.

Se quedó casi apenado cuando le dije que no sólo no la conocía sino que no había oído el nombre en mi vida.

—Es raro—murmuró—, muy raro, porque aquí dice que es una muchacha de la nobleza española.

—Buena, es que nosotros somos del estado llano—le dije para consolarlo—; pero tiene usted razón que la cosa nos interesa mucho.

ENTRADA EN EL LIBRO DE LA HISTORIA

Inmediatamente piensa uno en Eugenia de Montijo, una joven española también noble, inteligente y bella, que se casó con un emperador.

Desde ese día es tanto lo que he oído hablar sobre la futura reina de los belgas que creo haber ido con ella al colegio de la Asunción, haberla visto en el dispensario donde asistía a los pobres, haber leído su libro de cuentos, y haber visto su esmeralda de pedida. La reina Fabiola entra en el libro de la historia. Ojalá sea muy feliz y querida por su pueblo y tenga muchos hijos y no conozca el amargo destino de los reyes destronados. Ojalá que al hacerse belga no se olvide de que ha nacido española y contribuya a crear una atmósfera de simpatía y comprensión hacia nuestro país, de la que estamos tan necesitados.

ACOGIDA CON SIMPATIA Y AGRADO

Yo, por mi parte, y con gran mérito porque estas cosas abruman a mi naturaleza tímida.

he realizado una encuesta por tierras de Bélgica y del resultado de este pequeño «Gallup» desprende que la futura reina ha sido acogida por los belgas con simpatía y agrado, que les fascina su gracia, su talento, su don de lenguas, e incluso su nacionalidad, que el amor del joven rey ha hecho de esta muchacha española una figura romántica y hermosa como salida de un viejo códice medieval.

DIALOGOS DE ENCUESTA

Inicié mi encuesta a pocos kilómetros de la frontera, que entramos en Bélgica por Baulon, viniendo de Sedan. Estaba una campesina de aspecto rústico sentada a la puerta de su casa, bastante modesta para Bélgica:

—Perdone, señora—le dije en mi mejor francés—, que le moleste, pero quisiera saber qué opina usted de la boda del rey.

—No opino—dijo casi enojada—; no quiero hablar.

—Entonces, ¿le parece mal?

—No, no—insistió—; no quiero hablar.

—Esto se presenta mal—pensé yo—; qué mérito las personas que se dedican a hacer encuestas...

Pero con mi segundo personaje tuve más suerte. Era un peón caminero vestido con blusa a cuadros y que trabajaba a la vera del camino. Repetí mi pregunta y su rostro se abrió en una sonrisa luminosa:

—¿Qué vamos a pensar de la boda del rey? Estamos encantados. ¿Ha visto usted la bandera en el Ayuntamiento? La enarbolaron cuando el primer ministro nos dio la noticia por la radio. Nos gusta «Doña» Fabiola, porque es una joven culta y trabajadora, que se interesa por obras sociales, que habla idiomas. En cuanto a que sea española, nos parece muy bien; también el príncipe Alberto se casó con una italiana.

Este último argumento lo escuché varias veces repetidas en el curso de mi encuesta, y de lo que me contaron dos conductores de camión y un vendedor de periódicos les hablaré mañana porque estoy segura de que va a interesarles la opinión del pueblo belga, como me interesó a mí.

«Fabiola—me dijo una señora de su casa flamenga que estaba tomando las aguas en un pueblo de las Ardenas—es muy «bela».

—Pero nuestro Balduino también es muy guapo—dijo su acompañante, otra robusta dama flamenga que se expresaba en francés con fuerte acento.

Bélgica es una nación donde coexisten dos pueblos de lenguas diferentes y el rey de los belgas—y la reina—han de saber el francés y el flamenco. Por eso el que hable varios idiomas con soltura es un tanto a favor de la señorita Fabiola Mora.

PLUMA DE MEDIANOCHE

MUJERES MODERNAS

En esos «test» para andar por casa que de vez en cuando se ofrecen en los periódicos se encuentran algunos especialmente curiosos. Ahora leo en «Pueblo», por ejemplo, uno realizado por la señorita María Rosario Amorós para la localización de mujeres auténticamente modernas. Según dicho «test», una mujer integralmente moderna será la que responde a todas estas exigencias tan distintas y distantes entre sí:

Prestar atención a todo lo que signifique progreso; ser partidaria de los aparatos electrodomésticos y del gas butano; haber desterrado de su hogar los pesados cortinones, nidos de polvo; preferir a ello el adornar su casa con paisajes alegres, guardando los retratos familiares; haber tomado en serio eso del parto sin dolor; agradecerle que sus hijas e hijos practiquen deportes; no abrumar a sus bebés con un montón de ropas inútiles; hacer sus menús con abundancia de frutas y verduras, verdaderas fuentes de vitaminas; hacer que sus hijos salgan diariamente a la calle, aun en las peores épocas del año; admitir que estos hijos, cuando tengan una edad prudencial, visiten otros países y, finalmente, hacer que dichos hijos conozcan un poco la vida a través de algún trabajo o tarea estudianta que resulte útil.

A mí el programa no me parece descabellado, aunque creo que en una cosa tan íntima y compleja como es eso del espíritu moderno poco tienen que ver el butano, las cortinas o las salidas de los chiquillos en los días de nieve, cuestión epidérmica a lo que yo considero espíritu moderno, cual es una especial aptitud anímica que implica goce y comprensión con la época que se vive.

En resumen, que más que un «test», lo que nos ofrece la señorita Amorós es una especie de sorprendente cajón de sastre.

LA MEJOR CUESTACION

A poco que uno piense en ello comprenderá que la cuestación que hoy se hará en las calles coruñesas es no sólo la más importante del año, sino también la más hermosa, porque así como no hay espectáculo más triste que el del dolor de los niños, tampoco lo hay más conmovedor que el de esa dedicación a consolar y a mitigar este dolor que caracteriza la actuación continua y callada de los Hermanos de San Juan de Dios.

Si alguna vez conviene, pues, la total generosidad, ello sucede en esta mañana de hoy, en la que cada limosna que demos tiene ese importante destino que implica la existencia de unos sanatorios sostenidos exclusivamente por la caridad pública y donde centenares de niños pobres, víctimas de enfermedades y taras, encuentran junto a la más depurada asistencia médica el calor afectivo y la ternura plena de vocación de estos admirables Hermanos de San Juan de Dios.

Ayudarlos a ellos es por eso hacer directa e íntegra caridad. De esa que no puede ser medida ni pensada, sino que tiene que surgir espontánea y franca como la mirada limpia de todos los niños del mundo.

Caparrós

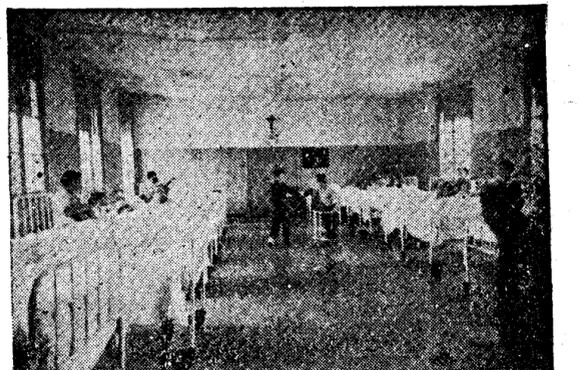
HUMOR



—No sé por qué, me parece que esa tienda es de un norteamericano.

5 MINUTOS DE CHARLA

DOS RELIGIOSOS HOSPITALARIOS DE LA ORDEN DE SAN JUAN DE DIOS



HOY se celebrará en La Coruña una colecta pública para recaudar fondos con destino a la obra benéfica que se realiza en el Sanatorio de San Rafael, en donde reciben asistencia numerosos niños enfermos de la región gallega. Cuando vamos a iniciar la entrevista, uno de los religiosos muestra la fotografía que aparece más arriba, diciendo: «Tenga esta foto; hablamos en nombre de esos niños». Nosotros solamente podemos añadir que esta Orden tiene cuatrocientos años de obra hospitalaria.

—¿En qué se basa la Orden de ustedes?

—Fue fundada hace cuatrocientos años por San Juan de Dios, ante el pavoroso problema que ya se perfilaba en el mundo, de las taras psíquicas y físicas que con frecuencia padece el ser humano.

—¿Cómo explica que San Juan de Dios haya previsto esos problemas?

—Por permisión de Dios, recibió el legado hospitalario de manos de la Santísima Virgen de Guadalupe, allá por el año 1535, cuando se le apareció entregándole al niño Jesús y diciéndole: «Juan de Dios, vísteme a Jesús como quiero que aprendas a vestir a mis pobres». Con lo cual los herma-

nos hospitalarios continuamos, viviendo con el ropaje de la ciencia y la caridad a las almas dolientes.

—¿Podrían indicarme concretamente las actividades de ustedes en Galicia?

—Hace años que sentimos el deseo de poseer un Sanatorio Ortopédico Modelo en esta región, para atender a los niños esclavizados por las secuelas de la parálisis infantil, mal de Pott, coxalgias, etc. Esto motivó que iniciásemos las obras de nuestro sanatorio en la bahía de Vigo, en una altura conveniente que libras a los niños de las taras que produce una congestionada ciudad, nociva, a veces, para nuestra labor de recuperación.

—¿Qué cabida tiene el sanatorio?

—Está ideado para una cabida de más de cien niños, pero las dificultades, tanto económicas como de personal, nos obligan, por ahora, a concretarnos a una cifra media de setenta niños.

—¿Cuál es el presupuesto diario de gastos que ocasiona cada enfermito?

—Los hay, en cantidad, que gastan diariamente cifras de tres céntimos.

—¿Tanto dinero? (Pasa a la página CUATRO)